
Teorías y realidades de los partidos políticos una lectura desde México

Francisco Reveles Vázquez



s e m i n a r i o

PARTIDOS POLÍTICOS Y
SISTEMAS ELECTORALES

p e r m a n e n t e



**Teorías y realidades de los partidos políticos:
una lectura desde México**

Serie Breviarios de Cultura Política Democrática No. 2

Primera Edición 2007

D.R. © 2007 Instituto Electoral del Estado de México,
Paseo Tollocan No. 944, Col. Santa Ana Tlapaltitlán,
Toluca, México. C.P. 50160

ISBN 970-9785-62-1 (Serie)
ISBN 970-9785-63-X

Impreso y hecho en México



Teorías y realidades de los partidos políticos

una lectura desde México



Teorías y realidades de los partidos políticos

una lectura desde México

Francisco Reveles Vázquez

Introducción

En este trabajo se describen algunos de los enfoques teóricos que se han formulado recientemente para el análisis de los partidos políticos. Dichos enfoques se refieren a los siguientes temas: las funciones vigentes de los partidos, una tipología general que trata de abarcar todos los partidos existentes en la actualidad, una caracterización de acuerdo con los fines que persiguen y los factores influyentes de la acción de los líderes de este tipo de organizaciones políticas.

Se pretende establecer cuáles son los elementos esenciales de estos planteamientos teóricos para valorar la pertinencia de su uso en la comprensión de los partidos en México. De hecho, una segunda parte de estas líneas (intercalada en cada enfoque teórico) se dedica a la interpretación del fenómeno partidario en nuestro país. Para ello, consideré pertinente primero hacer memoria del carácter no competitivo de las elecciones, pues durante mucho tiempo ese fue el contexto donde se desarrollaron nuestros partidos políticos. Sin ese antecedente no se entienden muchos rasgos distintivos del Partido Revolucionario Institucional, del Partido Acción Nacional o del Partido de la Revolución Democrática.

La tipología general de partidos fue confeccionada por Gunther y Diamond. Su pretensión fue abarcar el heterogéneo conjunto de partidos políticos en el mundo. Por sus ambiciones, esta tipología representa una novedad que merece un tratamiento más profundo que estas líneas. Pongo a discusión sus elementos esenciales para

desatar el debate y, sobre todo, para probar su clasificación en el contexto de los partidos políticos mexicanos.

Presentamos también la caracterización que concibe la existencia de tres dimensiones de la acción partidista: el partido de gobierno, el partido de aparato y el partido de las bases. Aquí encontramos un nuevo modelo de partido, llamado por Katz y Mair como "partido cartel", el cual supone la disolución del hace poco predominante "partido profesional electoral". Finalmente, trataremos cuáles son los factores que delimitan a los dirigentes partidistas a la hora de determinar si las metas de la organización son votos, cargos o políticas.

Gunther y Diamond, como otros especialistas en la materia, reconocen la carencia de estudios de partidos de otros países fuera de Europa occidental y Estados Unidos. Su enfoque muestra mayor apertura a las realidades de Europa del este, Asia, África y América Latina. Algunas investigaciones destacan el papel de los partidos en las democracias incipientes, producto de la tercera ola de la democracia en el mundo. También podemos encontrar estudios sobre partidos en otras latitudes, más allá de las organizaciones que tradicionalmente sirvieron como parámetros para la comprensión de los nuestros.

Esta situación provocó, naturalmente, una escasez de estudios empíricos respecto de nuestras realidades. Un problema que aún no hemos resuelto del todo. En calidad de hipótesis, me atrevería a señalar que la clave no está en la carencia de éstos, sino en la ausencia de un enfoque comparativo. Hoy esa comparación puede llevarse a cabo con modelos todavía importados, pero que contribuyen a reconocer las particularidades de nuestro entorno o, al menos, parten de esa premisa general.

De entrada cabe recordar que los modelos teóricos deben ajustarse a la realidad y no a la inversa. Una premisa metodológica conocida pero necesaria de recordar en todo el proceso de nuestra investigación. No es gratuito que prácticamente todos los autores reconozcan las salvedades de sus esquemas teóricos.

Los partidos en elecciones no competitivas

Es pertinente señalar características propias de países con democracias incipientes, que le imprimen un sello distintivo a los partidos políticos: los sistemas electorales carecían de condiciones de competencia efectivas; sus funciones eran irrelevantes para la legitimidad del régimen político; su existencia contribuyó escasamente a la participación de la sociedad en la política y tampoco sirvió para la disputa efectiva del poder. Por encima de los partidos, instituciones, como el ejército o la iglesia, jugaron ese papel, subordinando la acción electoral a otros medios de conquista y conservación del poder.

En América Latina y en particular en México, las elecciones fueron no competitivas (cuando las hubo). Conjugadas con regímenes políticos autoritarios o totalitarios, brindaron pocas posibilidades de desarrollo a los partidos, lo cual explicaba su inexistencia o bien su exigua fuerza. Conviene tener presentes las características de este tipo de elecciones para valorar las repercusiones en los sistemas de partidos.

Para Guy Hermet, las elecciones no competitivas se caracterizaban por el control que ejercía el “poder central” sobre el proceso electoral, desde la elaboración de leyes coercitivas que disminuían la participación tanto individual como partidaria, pasando por la creación de un cuerpo electoral hecho para asegurar el triunfo y por la manipulación ideológica de los votantes, hasta el uso de actos fraudulentos que cambiaban el resultado de los comicios para beneficio de los gobernantes (Hermet, 1982: 18-53).

Una segunda característica era el grado de competitividad. Había varias limitaciones de ella cuando el régimen lo controlaba, como ocurría en México, o cuando existía el control clientelista, que no era exclusivo de los regímenes autoritarios.¹

Una tercera característica de este tipo de elecciones es que sus resultados no ponían en riesgo la detentación del poder. La combinación de estos rasgos se daba de diversas formas según las condiciones políticas de cada país. Las funciones de las elecciones no competitivas formaban parte de los mecanismos de conservación del poder para los regímenes que las sustentaron. Pero unas elecciones que no servían para elegir sólo afectaban a los partidos políticos que se plantearon la toma del poder por esa vía. Y si bien algunos se desarrollaron fuera del contexto electoral, ninguno tuvo éxito en su lucha, hasta que las elecciones fueron realmente competitivas.

Las funciones de las elecciones eran diversas: en principio cumplían con un papel legitimador, en lo interno como en lo externo. Los detentadores del poder aparecían como los representantes de toda la sociedad en el momento de la elección y ante el extranjero se daba la imagen de un gobierno fuerte y legítimo, necesario para ocupar un lugar de relativa importancia en el concierto internacional, tanto en lo económico como en lo político. Casi siempre era de mayor interés este último aspecto para los regímenes autoritarios.

Las elecciones cumplían con una función educadora-anestésica, al imponer a la sociedad la idea de que la permanencia en el poder de un mismo grupo gobernante se debía a un orden natural basado en el voto de la mayoría ciudadana. La tendencia inalterable de triunfos



¹ Hermet indica las que se utilizan en el primer caso: "...el poder impone por la vía constitucional o 'vía de hecho' una radical limitación en el abanico de partidos amparados por un régimen legal... así ocurre también cuando las autoridades se valen del mismo procedimiento adecuándolo además al obstáculo que significan los pequeños partidos ornamentales, destinados únicamente a reforzar la legitimidad seudodemocrática de un gran partido de gobierno, como es el caso de México... (Por otro lado) cuando a los electores se les ofrece en forma por demás irrisoria la posibilidad de optar entre dos o más candidatos por un perfil casi idéntico dentro de un régimen de partido único, o de un frente nacional... o cuando la oposición se reconoce legalmente, sólo durante los periodos electorales y no tiene la menor posibilidad de obtener ni un escaño..." (1982: 23).

provocaba la apatía política, tanto por la instrumentación de fraude o la simple suposición de su existencia como por la idea de que todo marchaba a la perfección y no era necesario transformar nada.

La función socializante era la continuación de la anterior. De acuerdo con Hermet, la socialización se entendía como la extensión de la ideología del poder hacia la mayor cantidad de gobernados. Se debilitaba la oposición, atacándola en las campañas y se acostumbraba a los votantes a no tener más opciones que las tradicionales. Asimismo, mediante el voto se “responsabilizaba” al ciudadano de las acciones que los gobernantes electos decidían posteriormente. En ese momento entraba el control clientelista. Alain Rouquié afirmaba que este tipo de control consistía en que:

“...las diferentes modalidades de dominación social que permiten dirigir en forma imperativa a las opciones electorales... El clientelismo comprende siempre tres elementos: una relación entre dos partes de posición desigual, un ‘intercambio de bienes o de servicios no homogéneos’, una relación interpersonal —por tanto con criterios particulares— que preside ese intercambio...” (Rouquié, 1982: 61-62).

Este autor concebía dos tipos de control: “patrono-cliente” y “patronazgo de los partidos”. En el primero la dominación se ejercía por los dueños de los medios de producción o líderes políticos en condiciones sociales ampliamente desfavorables para las clases trabajadoras. El ámbito rural era el espacio por excelencia de esa forma de control. El “patrón” elegía al mismo candidato o partido y, además, a los electores, pues éstos respondían de acuerdo con su nivel de dominación. El voto gregario era característico de esta forma de control, porque era esencialmente colectivo y pasivo. El líder o patrón organizaba a algún grupo de electores, el cual era atendido de la mejor manera y llevado a votar el día de las elecciones en un ambiente de fiesta que llegaba a ser muchas veces nacional.

Rouquié elaboró dos modelos de patronazgo de partidos: la máquina electoral y el clientelismo de partido (1982: 63). El primero era cuando el partido gubernamental tenía poca capacidad movilizadora. El dominio se basaba en una “máquina política” que intercambiaba con los ciudadanos bienes y servicios escasos por votos. El clientelismo de partido aparecía en sociedades donde el partido dominante estaba mejor estructurado y fortalecido.

“Este tipo de partidos, una vez en el poder... encierran al estado y la sociedad en una red de clientela extremadamente densa: por una parte, a través de organismos colaterales (sindicatos obreros, asociaciones campesinas, estructuras funcionales, etc.). Y, por otra, a través de organismos públicos frecuentemente muy ligados con los primeros y que distribuyen bienes o servicios, según criterios particulares que implican una contrapartida política... En otras sociedades, el partido dominante forma un todo con el régimen... México, con el Partido Revolucionario Institucional sería un buen ejemplo de este modelo...”

“...(En él) los recursos del estado ...son usados para captar individualmente al electorado haciéndolo depender de la burocracia partidaria...” (Rouquié , 1982: 82).

En este modelo predominaba el voto vendido, que se otorgaba a cambio de algún bien escaso y no por convicción o al menos por una participación política simple. Los dueños o los que tenían en su poder la distribución de tales objetos se convertían en “agentes electorales” del régimen, fomentando poderes locales leales a aquél.

Hermet señalaba una cuarta característica de las elecciones no competitivas, la más importante de todas: en el momento de los comicios sucedía un reacomodo de fuerzas al interior del estado y de algunas otras “que gravitan a su alrededor”; se aprovechaban para restablecer, fortalecer o debilitar alianzas con las demás o con una en particular. La fracción gobernante del régimen político mantenía la iniciativa dependiendo del nivel de las pugnas internas como de la situación política y económica del momento. Por ello, las elecciones servían más para saber cómo habría de gobernarse que para decidir quién gobernaría.

En sistemas electorales no competitivos o semicompetitivos, los partidos tenían muy poco que hacer. Ninguna de las funciones usuales era cumplida completa y satisfactoriamente, debido a su debilidad ante otras instituciones o fuerzas políticas. De ahí que a menudo la sociedad las considerara como objetos decorativos, innecesarios o carentes de representatividad, ya fuese por su subordinación al gobierno o por su escasa presencia entre los ciudadanos.

En México, el PRI dominó el escenario político electoral durante más de siete décadas. En una gran parte de ese tiempo jugó un papel hegemónico, sin oposiciones fuertes y con un marco legal que le favorecía. El corporativismo que ejercía a través de sus organizaciones le otorgaba una fuerza sin igual. Ciertamente había otros partidos en las contiendas electorales, pero ninguno puso en duda su poder. Con el tiempo, la sociedad mexicana se acostumbró al triunfo priista, hasta que su situación económica empeoró. La oposición comenzó a recibir el apoyo ciudadano, descontento con las políticas gubernamentales y los efectos de la crisis económica, principalmente a partir de 1982.

El sistema de partido hegemónico adoptó un formato de multipartidismo moderado. Al lado del PRI se colocaron dos nuevos partidos, el Partido Acción Nacional y el Partido de la Revolución Democrática. Éstos recibieron votos que se tradujeron en escaños y en cargos de gobierno, incluso el más importante: la Presidencia de la República. Con estas responsabilidades de gobierno, los partidos demostraban su creciente presencia entre la sociedad.

El cambio del autoritarismo a la democracia colocó a los partidos en un escenario diferente, más propicio para su desarrollo. No obstante, la herencia de su antiguo papel decorativo complicará su desarrollo posterior. El recelo de los ciudadanos hacia una participación política de nuevo cuño será el primer obstáculo para el crecimiento partidista. Por ello, en parte, la democracia se reducirá a una dimensión electoral, sin un activismo mayor y otorgándole a los partidos, ahora sí, la tarea de gobernar.

Las elecciones dejaron de cumplir las funciones señaladas en líneas anteriores y sirvieron para elegir a los gobernantes; asimismo, las de los partidos se modificaron. Conviene precisar cuáles son las funciones que los partidos han tenido históricamente para apreciar su evolución en un contexto político como el de México.

Las funciones de los partidos políticos

Gunther y Diamond ofrecen una tipología para el análisis de los partidos centrada en tres criterios (el organizacional, el de las funciones o bien el de las bases sociales) —a diferencia de muchas otras que tienden a adoptar uno solo—, la cual considera a partidos de todo el mundo y no sólo a los de Estados Unidos y de Europa occidental, fundamentándose en casos concretos. En esencia, los autores pretenden lograr la acumulación de datos empíricos para comprobar la validez de su tipología y, principalmente, para comprender la realidad partidista. Los criterios de estos autores son:

1. El tamaño de la organización formal y la amplitud de funciones que realiza.
2. Si, de acuerdo con sus objetivos, el partido es tolerante y pluralista o, bien, si cuenta con una estrategia “protohegemónica”.
3. Si se caracteriza por adoptar y pugnar por compromisos programáticos o ideológicos.

En general, las funciones que los partidos han cumplido a lo largo de su historia son:

1. La postulación de candidatos.
2. La movilización electoral.
3. La estructuración de temas de debate público.
4. La representación social.
5. La agregación de intereses.
6. La formación y el sostenimiento de gobiernos.
7. La integración social.

Estos autores reconocen el debilitamiento de los partidos en el cumplimiento de varias de las funciones enlistadas. Notoriamente esto ocurre con la estructuración de temas, en la cual los medios de comunicación tienen, sin duda, un gran impacto el día de hoy. La representación social, de igual manera, ha sido una tarea restringida por el desapego ciudadano, por la cada vez más exigua militancia en los partidos y por su posición ideológica difusa. A la postre, esto contribuye al incremento de la desconfianza hacia ellos y descrédito de la democracia (por ser obra fundamental de dichos actores políticos). No obstante, las diferencias entre los partidos en las democracias consolidadas y aquellas incipientes parecen ser

suficientes para afirmar que todas las funciones siguen vigentes y que cada tipo de partido cumple con ellas de una forma u otra.

En contextos como el nuestro, la debilidad de los partidos en el cumplimiento de estas funciones no es privativa de los últimos años; como ya señalamos, el tipo de régimen político y de sistema electoral afectaron a los partidos y, naturalmente, a sus funciones. La representación de intereses sociales, por ejemplo, no era una tarea del PRI, el cual daba más peso a los intereses de la élite política priista que a los de los integrantes de sus corporaciones sociales; se trataba de una agregación de intereses, pero no de su representación. El encuadramiento de las masas en la estructura priista servía, a su vez, para la movilización electoral, lo que lo convirtió en una auténtica maquinaria electoral, una “aplanadora” que arrasaba con todas las oposiciones. La postulación de candidatos y la formación y sostenimiento de gobiernos eran funciones débilmente cumplidas por el PRI. No era un partido gobernante, pues los candidatos no eran decididos exclusivamente por las bases del partido. El predominio del Presidente de la República en las estructuras de dominación y, por supuesto, en la partidista era evidente en el momento de la postulación de candidatos. También era notorio que el programa de gobierno no era confeccionado en el partido, sino por el propio gabinete presidencial. Las demandas y los temas de debate eran procesados por dicha instancia gubernamental y al partido correspondía su socialización. La función educativa-anestesiante era tarea propia del partido, pero en ella se conjugaban otros actores e instituciones, como los medios de comunicación (controlados por el estado).

Los partidos de oposición participaban en el juego democrático con expectativas limitadas. Tal vez la única función que desempeñaban era la representación de intereses. Pero ante una estructura de dominación corporativa, su ámbito de acción era francamente reducido. Pese a todo, esa exigua representación fue la simiente para su ulterior desarrollo. Si se aprecia detenidamente la presencia electoral del PAN y del PRD en la actualidad, sus zonas de dominio son las que antaño fueron sus pequeños bastiones regionales.

Al pluralizarse el sistema de partidos, cada uno de sus integrantes demostró su fuerza y comenzó a sumar funciones. El reclutamiento de cuadros, la movilización electoral y el debate público se

diversificaron. La representación social ya no fue exclusivamente tricolor (como el emblema del PRI). Gobiernos de distinto signo tuvieron como resultado, poco a poco, una diferenciación en la agregación y representación de los intereses sociales. En México, hoy los partidos cumplen más funciones que hace años.

Ciertamente nuestros partidos comparten los problemas que estas organizaciones tienen en otras regiones del planeta. También son presas del descrédito y de la desconfianza ciudadana y compiten en condición de desventaja con los medios de comunicación en la estructuración de temas de debate público; pero recién enfrentan estos problemas, producto de su nueva condición de partidos en el poder. Si para los partidos europeos los retos son grandes, para los incipientes partidos latinoamericanos los retos se presentan gigantescos. No obstante, continúan vigentes como opciones políticas para la mayoría de los ciudadanos.

Los tipos de partidos políticos

La tipología de Gunther y Diamond abarca 15 "especies" de partidos dentro de cinco "géneros", agrupados en tres categorías: estructura, estrategia (pluralista o protohegemónica) y grado de compromiso (ideológico o programático).

Partidos elitistas

Los partidos elitistas cuentan con una estructura mínima basada en élites de un área geográfica específica. El tipo de autoridad determina dos especies: el partido de notables locales tradicionales y el partido clientelista. El primero parece ser equivalente al partido de cuadros clásico de Duverger. Los ejemplos actuales son los partidos conservadores en Brasil (además de las facciones parlamentarias de Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX y los partidos conservadores franceses en el siglo XIX).

El partido de notables evolucionó al clientelista cuando la sociedad se transformó y se amplió el sufragio. Está conformado por una confederación de notables, cada uno con sus propias bases. Pueden ser personalistas, en razón de un gremio o bien dominantes en una región geográfica. Su estructura es débil y no sustenta (o muy poco)

un programa o ideología. Su función principal es coordinar las campañas electorales de los notables para asegurar su poder en el plano nacional. Las campañas se apoyan en cadenas jerárquicas de relaciones interpersonales de un carácter cuasi feudal, en el cual los patrones de lealtad están basados en el intercambio de servicios y obligaciones. El intercambio de favores es la principal herramienta para la movilización electoral.

De acuerdo con estos autores, el partido de élites cumple sus funciones de la siguiente manera:

1. La postulación de candidatos se basa en la lealtad a los líderes de la facción o de las facciones y en la negociación entre ellos.
2. La movilización electoral ocurre a través de redes sociales controladas verticalmente.
3. Los temas pretenden ser recompensas específicas de los estratos ciudadanos que están en la base de las redes jerárquicas.
4. Los intereses locales son los fundamentales.
5. Los intereses se agregan mediante los acuerdos entre las fracciones.
6. Las fracciones forman o sustentan los gobiernos con base en esos acuerdos.
7. La integración social de los ciudadanos rurales o marginados es privilegiada, a expensas de la representación funcional de los intereses y las preferencias programáticas de los sectores sociales modernos.

El partido de cuadros fue el primer modelo que adoptaron todos los partidos en sus orígenes. Al instaurar la democracia como forma de gobierno, los burgueses se integraron en comités para la participación electoral y para obtener un escaño en el parlamento. Cuando su presencia se hizo permanente, dichos comités se convirtieron en partidos políticos. Gunther y Diamond actualizan el modelo definido principalmente por Duverger, concediéndole, por ejemplo, una dimensión nacional que en sus orígenes no tuvo. Pero ahora, en efecto, sí hay partidos de élites nacionales. Como lo describen estos autores, el PRI podría ser caracterizado como tal en la actualidad.

Al perder su máxima figura de autoridad después de la alternancia, en el PRI surgieron visiblemente diversas fracciones políticas;

algunas con un asiento regional acentuado. Los líderes de éstas eran los gobernadores. Desde hace tiempo, lo que ocurría en la Presidencia de la República se reproducía en las entidades (ver Langston, 1999; 1996). Eso se reafirmó con la alternancia. El nuevo liderazgo priista tuvo una base regional indiscutible (Reveles, 2000: 167-208). Después, fueron los gobernadores quienes repetidamente se confrontaron para la definición del programa y, sobre todo, de las candidaturas. Acuerdos y desacuerdos fueron confeccionados entre los gobernadores, los líderes parlamentarios y el liderazgo nacional. Y aunque la pugna fue constante, en ningún momento hubo un rompimiento de la coalición dominante. De hecho, en la contienda por la candidatura presidencial se confrontaron el líder nacional del partido y una coalición de gobernadores integrados en una corriente denominada: "Unidad Democrática" (conocida periodísticamente como TUCOM, Todos Unidos Contra Madrazo). El ganador fue Madrazo, con la integración de sus adversarios a su campaña proselitista.

Las parcelas de poder de los gobernadores representan el mayor capital político del partido. Recursos materiales, cargos de toma de decisiones, puestos honoríficos o de estatus son razones sustantivas para que se erijan en los hombres fuertes del partido, en los indispensables para, por ejemplo, impulsar campañas electorales exitosas. No es gratuito que la recuperación electoral del partido se haya dado principalmente en las entidades donde sigue teniendo en sus manos el máximo cargo de poder estatal.

Faltaría más investigación para valorar cuál es el grado de integración social que realiza un partido como éste en un ámbito como el mexicano. Sin embargo, por lo menos en el caso de las funciones vinculadas con el reclutamiento de élites, la movilización electoral y la formación y el sostenimiento de gobiernos, el PRI parece encuadrar en este tipo de partido. Su estructura corporativa podría hacer pensar otra cosa, pero en los últimos años tal estructura ha quedado supeditada a la estructura territorial y a la lógica de las corrientes políticas regionales, como veremos en el apartado siguiente.

Partidos de masas

Según Gunther y Diamond, los partidos de masas se dividen en seis especies en razón de su ideología y de su estrategia respecto del

ambiente. En la primera dimensión encontramos partidos socialistas, nacionalistas o religiosos. En el segundo se toma en cuenta su pretensión protohegemónica o bien su disposición pluralista y tolerante. En tanto que estos últimos son funcionales en un sistema democrático y, por lo tanto, aceptan sus instituciones y reglas, los primeros tienen como objetivo en el largo plazo reemplazar el sistema democrático con uno que sea mejor y acorde con sus objetivos.

Los partidos de masas cumplen las funciones partidarias citadas anteriormente de la siguiente manera:

1. La postulación de candidatos es controlada por los líderes o por su burocracia profesional, a ratos complicada por el activismo de los militantes. Lealtad al partido y trabajo militante son dos criterios de peso para la postulación.
2. La movilización electoral se basa en la diversidad de recursos organizativos y en las alianzas con organizaciones secundarias.
3. Los temas de debate se estructuran en torno a los compromisos programáticos sustentados en la ideología del partido.
4. Los intereses a ser representados dependen de la ideología; pueden ser los de las clases trabajadoras, de creyentes religiosos o de los nacionalistas.
5. Los intereses son extensamente agregados por la composición social de la organización.
6. Generalmente no aceptan coaliciones de gobierno con partidos centristas o de ideología opuesta. Si son protohegemónicos, lo normal es que sean excluidos de coaliciones de partido leales a la democracia (de cualquier tendencia ideológica).
7. Aun si los partidos no llegan al gobierno, su representación parlamentaria puede jugar un papel importante en la integración social. Esto se incrementa de acuerdo con el aumento de cargos de gobierno o de escaños en el plano local o regional.

El típico partido de masas es el leninista (de ideología socialista). Recientemente ha evolucionado al partido de clase pluralista. Por ejemplo, el Partido Comunista Italiano derivó en Demócratas de Izquierda y también en Refundación Comunista. Los partidos nacionalistas pluralistas asumen varias formas. Tienen bases amplias, estructuras grandes y alianzas con grupos secundarios afines. La participación electoral tiene como objeto la identificación de los ciudadanos con el proyecto del grupo o los grupos nacionalistas.

En su mejor época, el PRI podría haber sido identificado como un partido de masas nacionalista pluralista. Recuérdese que su estructura estaba sustentada en tres sectores corporativos: obrero, campesino y popular, en la cual convivían poderosas organizaciones sociales supeditadas al estado, a través del partido. La ideología manifiesta del priismo se sustentaba en el ideario de la revolución mexicana, exaltando un espíritu nacionalista consecuente con el modelo de desarrollo imperante entre los años 50 y 60. Y en efecto, toda acción de gobierno era explicada o justificada con base en ese evento histórico, y la sociedad fue permeada por esa ideología a través de todos los recursos en manos del estado. El partido contribuyó, sin duda, a socializarla. Hacia principios de los 70 esta ideología incluso fue bautizada como del nacionalismo revolucionario, hasta que se modificó en los 90 con la llegada del pensamiento neoliberal en la élite política priista.

De acuerdo con Gunther y Diamond, a diferencia de los nacionalistas pluralistas (que adoptan generalmente una postura semileal), los protohegemónicos son ultranacionalistas, normalmente organizados alrededor de un líder. Los ejemplos clásicos son los fascistas y neofascistas: Hitler y el Partido Nazi; Barkashov y el Partido Unidad Nacional Rusa; Tudjman y la Unión Democrática Croata.

Los partidos religiosos pluralistas son los demócrata cristianos. Con rasgos organizativos semejantes a los partidos de masas, éstos se distinguen por su ideología. El partido religioso fundamentalista busca reorganizar al estado con base en una estricta lectura de la doctrina religiosa. De hecho, para él no hay separación entre religión y estado. Sus normas religiosas son impuestas a todos los ciudadanos, quienes los aceptan porque el partido normalmente cumple un amplio conjunto de funciones de bienestar social. Los ejemplos son el Frente de Salvación Islámica de Argelia y el Partido del Bienestar de Turquía.

En México, la Democracia Cristiana no generó un partido de masas, sino uno de cuadros. Por su ideología, el Partido Acción Nacional se inscribe dentro de esta corriente ideológica. Sin embargo, su estructura fue siempre la de un partido de cuadros. No contaba con organizaciones sociales fuertes en su interior, no tenía influencia en el movimiento obrero, no estaba vinculado estrechamente con la jerarquía católica ni llevaba a cabo acciones de movilización social.

Más aún: nunca se identificó a sí mismo con el nombre de partido demócrata cristiano.

El contexto político explica esta identidad soterrada del panismo con sus homólogos de otros países. El siglo XIX mexicano había sido marcado por la lucha entre la iglesia y el estado, así como por la posterior derrota de la jerarquía católica. Pasado el movimiento armado, los gobiernos posrevolucionarios reivindicaron el laicismo del estado a toda costa, derrotando a los católicos ultramontanos en lo que se denominó la “guerra cristera”. De ahí se derivó una disposición legal (aún vigente) que afectó al sistema de partidos: ningún partido podía tener en su nombre alguna referencia religiosa ni debía recibir el apoyo de la iglesia. Ese fue el contexto en el cual nació Acción Nacional.

Por otro lado, sus relaciones con organizaciones sociales fueron prácticamente nulas, debido, en buena medida, al poderoso y amplio corporativismo priista. Derivado de esa situación, ninguna organización buscó el apoyo de otros partidos que no fuera el gobernante y el PAN tuvo muy poco que hacer como interlocutor de estos sectores sociales frente al estado.

No está por demás señalar que en varios momentos de su historia el panismo discutió un mayor acercamiento con la democracia cristiana internacional; las fracciones dominantes optaron por guardar su distancia; pero recientemente el partido se adscribió de lleno a ella. Es probable que también la extracción social de los líderes panistas explique este recelo hacia una participación de masas propia de la democracia cristiana original. Las clases medias altas que en su mayoría integraron al PAN no tenían en mente una participación de masas; por el contrario, recurrentemente cuestionaron el corporativismo priista y el tutelaje del estado hacia todo tipo de organización social. Los panistas optaron entonces por el individuo más que por la colectividad, por el pensamiento liberal más que por el demócrata cristiano.

La izquierda mexicana tuvo problemas también para conformarse como partidos de masas. Sus intentos se vieron frustrados por la poderosa estructura de dominación priista, quedando marginados a la participación en unas cuantas organizaciones sociales, en ciertas zonas urbanas o en algunas regiones del país. Volcados a la lucha social en sus orígenes, los partidos de izquierda tuvieron

la oportunidad de participar en importantes sectores sociales, pero muy pronto se vieron limitados por la vinculación entre el gobierno y los líderes provenientes del PRI. La resolución de demandas no estuvo en sus manos, sino en las organizaciones corporativas priistas. Ya en pleno dominio autoritario, cualquier movimiento social o lucha desarrollada por una organización social llegaba a su culminación cuando el estado hacía ver todos sus recursos para resolver positiva o negativamente el conflicto. Los partidos de izquierda tuvieron poca fortuna para apuntarse victorias frente a la maquinaria estatal; nunca pudieron constituirse como partidos de masas. Ni siquiera el PRD puede considerarse como tal, pues a 16 años de su fundación no ha ampliado sus bases más allá de las que le dieron vida en 1989. Y si bien su estructura está fincada en un significativo número de organizaciones sociales, el eje de su funcionamiento no radica en ellas. En los últimos años, el partido se ha comportado más como un partido personalista que como uno de masas. Más adelante volveremos sobre este asunto.

Partidos étnicos

Los partidos étnicos son semejantes a los partidos de masas en cuanto a estructura. La diferencia radica en que su fin último es promover los intereses del grupo étnico. Siguiendo a Gunther y Diamond, el principal objetivo de los partidos étnicos no es un programa o plataforma universal, sino más bien asegurar los beneficios políticos, culturales y materiales, así como protecciones para el grupo étnico. Por tanto, tienen un extremadamente bajo nivel de compromiso ideológico o programático, falta de coherencia y un alto grado de desarrollo organizativo formal y real (Gunther, 2001: 23).

Los partidos étnicos cumplen con sus funciones de la siguiente manera:

1. La postulación de candidatos depende de la jerarquía étnica del partido o de las etnias locales.
2. La movilización se da bajo patrones clientelistas.
3. Los temas a estructurar son específicos.
4. Sólo representan a su grupo étnico.
5. Se agregan únicamente los intereses del grupo.
6. Pueden aspirar a formar el gobierno de manera unilateral. Por otro lado, están abiertos a aliarse con otros partidos si sus demandas son aceptadas.

7. La integración social es mínima, pues el partido étnico es específico, exclusivista y polariza estamentos ciudadanos.

Ejemplos de esta especie son: el Congreso del Pueblo del Norte y el Grupo de Acción de Nigeria, el Partido Libertad Inkatha de Sudáfrica, el Movimiento por los Derechos y las Libertades de Bulgaria, la Unión Democrática de Hungría y el Partido Religioso Akali de India.

El partido del congreso o congresista es una coalición, alianza o confederación de partidos étnicos. Su objetivo es ganar cargos en el gobierno, así como la distribución de beneficios de manera proporcional. Su base social es amplia y heterogénea, como en el Partido del Congreso de India y la Coalición Frente Nacional de Malasia. El partido congresista cumple las funciones de la siguiente manera:

1. La postulación de candidatos se basa en las élites locales o regionales.
2. Como están descentralizados, la movilización se realiza de manera más competitiva y con un fuerte acento regional.
3. Los temas de debate que se enfatizan son más nacionales que locales.
4. Por definición, la representación de grupos sociales es amplia e incluyente.
5. Es el tipo de partidos más agregador de diversos intereses sociales y que los hace funcionales al sistema.
6. La formación de gobiernos es facilitada, como resultado de un programa sumamente heterodoxo.
7. La integración social es el verdadero objetivo del partido congresista.

Partidos electorales

Gunther y Diamond consideran que el partido programático está débilmente organizado, centra su movilidad alrededor de las campañas electorales y, lo más importante y distintivo, tiene una agenda programática o ideológica coherente y consistente que se nutre con las demandas de los ciudadanos emitidas durante las campañas electorales. Para estos autores, éste es el tipo ideal de partido atrapa todo.

En sistemas mayoritarios el partido es capaz de agregar intereses. Si busca ganar el control de un gobierno o participar en él, lo hace con base en la definición de una plataforma o visión de la organización. Los ejemplos son: el Partido Conservador de Thatcher, el Partido Republicano en los 80 y el PAN de México. En la Europa postcomunista estos partidos han proliferado, como la Unión Democrática en Polonia o el Partido Comunista de la República Checa (de Bohemia y Moravia).

La identificación del PAN con partido programático es pertinente a lo largo de toda su historia. Descartada una estructura de masas desde su fundación, fue una oposición testimonial la mayor parte de su vida. Su fin último fue ser conciencia crítica del régimen autoritario, generando una actitud cívica antiestatista e individualista. Con una participación en el parlamento extremadamente limitada (unos cuantos legisladores en cada legislatura hasta la década de los 80) y con un menosprecio recurrente de los medios a sus posiciones políticas, no dejó de presentar iniciativas de ley en el Congreso y de emitir sus posiciones políticas en los medios que tenía al alcance, siempre tratando de contrarrestar o de descalificar las posiciones del partido gobernante.

Con el cambio político, el panismo amplió su presencia en el Congreso y ello le dio la oportunidad de ser una fuerza influyente en el parlamento. Su pragmatismo salió a flote cuando estableció alianzas con el partido en el poder y sobre todo con el Presidente de la República. Las coincidencias ideológicas pesaron más de lo que se llega a aceptar en la conocida como “concertación” entre el PAN y el priismo en tiempos del Presidente Carlos Salinas de Gortari. Como partido electoral, supo aprovechar también la contraparte del arreglo; es decir, el respeto de sus triunfos por parte de los detentadores del poder político.

Paralelamente, la experiencia de gobierno del panismo se multiplicó en el ámbito municipal, poniendo a prueba sus posiciones políticas de mucho tiempo atrás. A partir del año 2000, aun con el distanciamiento entre el abanderado presidencial y el partido, al llegar al máximo cargo de poder en el país, el panismo nutrió buena parte del proyecto político del nuevo gobierno. Con todo, y como prueba fehaciente de su electoralismo, es capaz de aceptar cualquier tipo de apoyo para ganar elecciones. Al menos es lo que

demonstró su candidato presidencial hacia las elecciones federales del año 2006.

El partido atrapa todo tiene como fin maximizar votos, ganar elecciones y gobernar. Las funciones partidistas son cumplidas como se apunta adelante:

1. La postulación de candidatos se fundamenta en el apoyo electoral del candidato y no en su trabajo en el partido o su posición formal en él.
2. La movilización electoral se centra en el uso de los medios de comunicación para vincular al candidato con el elector.
3. Las demandas de campaña tienden a ser concentradas en temas relativamente transitorios (o sobre las habilidades personales de su candidato o en la debilidad de sus oponentes) y no están claramente vinculados con la ideología o el programa.
4. El atrapa todo y sus candidatos persiguen la defensa de los intereses de grupos sociales específicos.
5. El partido tiene considerable discrecionalidad en la agregación de intereses, sobre todo porque la campaña se centra en el candidato.
6. El partido tiene una gran disposición para formar gobiernos sin necesidad de establecer compromisos programáticos o ideológicos. Permanecen en ellos fácilmente por su flexibilidad.
7. El bajo nivel de identificación ciudadana de tales partidos limita su potencial para la integración social.

Los ejemplos son: el Partido Demócrata de Estados Unidos, el Partido Laborista de Blair, el Partido Popular y el PSOE de España, el Foro Democrático Húngaro y el KMT de Taiwán (que pasó de leninista a atrapa todo).

El partido personalista es el electoral puro. Su papel principal es servir como vehículo para que su líder gane una elección y ejerza el poder. Este tipo de partido cumple débilmente con las funciones ya mencionadas:

1. La postulación está determinada por el líder del partido.
2. La movilización gira en torno a la personalidad y el indiscutible ascendente del líder.

3. Los temas puestos a debate en campaña por el candidato son centristas y eclécticos.
4. El esfuerzo por movilizar a las bases electorales de todo tipo, populistas o antisistema, y la tendencia a identificar el bienestar de la nación con el destino del líder excluye la representación de distintos grupos sociales.
5. Sus intereses no son demasiado agregados en una coalición política, pues antes están desdibujados o reducidos por la aplanadora política del candidato.
6. Con una victoria electoral, el partido personalista puede formar un gobierno, pero su debilidad institucional y completa dependencia hacia su líder hace difícil sostener un gobierno efectivo.
7. La hipercentralización de la organización contribuye poco al activismo ciudadano en política o a avanzar en la integración social (aunque algunos grupos marginados podrían sentirse integrados por un candidato de este tipo).

Los ejemplos abundan: Fujimori en Perú; Berlusconi y Forza en Italia; Hugo Chávez en Venezuela; Collor de Mello en Brasil; Putin en Rusia; el Partido del Congreso en India y Benazir Bhutto y su Partido del Pueblo Pakistán. Gunther y Diamond no mencionan otro caso por demás ilustrativo: el PRD mexicano, ya sea bajo el ascendiente de Cuauhtémoc Cárdenas o bien el de Andrés Manuel López Obrador a partir del año 2000.

En efecto, el perredismo nació con base en el arrastre de la figura de Cárdenas, hijo de un expresidente posrevolucionario que fue durante mucho tiempo jefe de una tendencia política sustantiva dentro del priismo. La escisión de Cárdenas y un amplio número de priistas se unió entonces con diversas organizaciones sociales y políticas de izquierda, así como con algunos sectores de los partidos de antaño subordinados al propio gobierno. La heterogénea combinación de fuerzas fue posible gracias al liderazgo cardenista, el cual perduró hasta que fue derrotado por tercera ocasión en una elección constitucional en pos de la Presidencia de la República.

A partir de entonces, el liderazgo de López Obrador substituyó poco a poco al de Cárdenas. Con una amplia simpatía del electorado del centro del país (reforzada por su condición de Jefe de Gobierno del Distrito Federal), fue considerado el candidato más fuerte dentro y fuera del partido para ganar la Presidencia de la República en el

año 2006. La confrontación entre el Jefe de Gobierno y el gobierno federal en 2005, mediante la cual se le pretendió eliminar de la contienda electoral, hizo funcionar al perredismo casi exactamente como Gunther y Diamond describen al partido personalista.

La vida de la organización quedó estrecha e irremediamente ligada a la de su nuevo abanderado presidencial. Las bases y la estructura del partido, sustentados en sus recursos y en los de los gobiernos perredistas, se movilizaron o fueron utilizadas para defender a López Obrador de sus enemigos. El partido mostró una notable capacidad de movilización (cual antiguo partido de masas), pero por una causa carente de cualquier sentido de lucha social: el fin último era no al desafuero del Jefe de Gobierno, no a su exclusión del proceso electoral. Y al triunfar políticamente, su figura creció mucho más, concediéndole mayor libertad de albedrío a la hora de decidir la estrategia y el equipo de campaña, así como en la selección de candidatos a cargos de elección popular. Un partido electoral de funcionamiento personalista.

Partidos movimiento

Los partidos movimiento se dividen en dos especies: los de izquierda libertaria y los de extrema derecha postindustrial. La primera, de acuerdo con Kitschelt (quien es citado por Gunther y Diamond), es esencialmente postmaterialista en sus actitudes y en su acción en el ambiente político. Rechazan el predominio de los temas económicos y están caracterizados por un consenso negativo de que el predominio del mercado y de la burocracia puedan ser refuncionalizados a favor de relaciones de solidaridad social y de instituciones participativas (Gunther, 2001: 29).

La agenda del partido gira en torno a una multiplicidad de temas no limitados a una arena específica. El partido está abierto a la afiliación de cualquier ciudadano deseoso de participar. La orientación actitudinal de los activistas es más diversa. La participación es directa de corte assembleísta, lo cual explica la debilidad o el rechazo a una organización centralizada o un liderazgo fuerte. Los ejemplos de esta especie son los verdes de Alemania y el Movimiento Austriaco por la Libertad.

Los partidos movimiento de derecha buscan la prevalencia del orden, la tradición, la identidad y la seguridad. Atacan al estado por su intervención en la economía y por sus políticas de bienestar social. Siguen el principio de la obediencia y, en consecuencia, no cuestionan a sus líderes. A diferencia de los fascistas, son hostiles a la noción de partido y a la de *establishment*. Son xenófobos y racistas a los inmigrantes. Los neoconservadores manejan una retórica antiestatal y atacan el estado de bienestar social. Los ejemplos son el Frente Nacional de Jean Marie Le Pen en Francia o el Movimiento por la Libertad de Jörg Haider en Austria.

Los autores no desarrollan la manera en que los partidos movimiento cumplen con las funciones partidistas, pero eso se infiere de la explicación de sus características.

En algún momento de su historia el perredismo mexicano discutió en su seno si se erigía en un partido movimiento o en un partido electoral (ver Borjas, 2003: 526-556; Palma, 2004: 120-139). Huelga decir que los simpatizantes, la última opción, resultaron ganadores frente a quienes pretendían reivindicar su antigua raigambre socialista.

El partido según sus fines

Atendiendo otra arista del análisis de los partidos políticos, Katz y Mair han planteado el predominio del partido "in public office", al cual llaman partido cartel, por encima del partido de aparato y del partido de las bases ("in central office" y "on the ground", respectivamente). El nuevo modelo de partido representa la evolución del fenómeno desde el denominado por Panebianco como "profesional electoral". El predominio del financiamiento estatal a los partidos y la elevada influencia de los medios masivos de comunicación en la política son las causas más importantes de la transformación partidista más reciente.

En la revisión de estos autores de los tipos de partido existentes en el pasado, destacan las características vigentes, pero primordialmente apuntan las novedades. Es pertinente recordar aquí algunos elementos. El partido de cuadros era pequeño, cerrado y sustentado en una militancia individual, sin aparato estructural fuerte ni una vinculación estrecha entre dirigentes y gobernantes.

El partido de masas nació con la expansión del electorado, pues requería más recursos y una organización más compleja. No todos los partidos tenían cargos de gobierno, porque no todos participaban electoralmente; pero el aparato partidario era fuerte. Sólo así las bases podían ampliarse. Al hacerlo, le aportaban recursos a la estructura. Los políticos profesionales de la estructura y los militantes voluntarios estaban estrechamente relacionados. Asimismo, se transformó en partido atrapa todo, debido a cambios en la sociedad (muchos productos de la acción de los propios partidos), como: la movilidad social, laboral y geográfica de los individuos; el debilitamiento de los vínculos religiosos y de las fracturas políticas entre clases, religiones y regiones; el incremento de la cobertura educativa; la reducción de las horas de trabajo; el eclipse político de las clases bajas y, más aun, el gradual debilitamiento de las divisiones de clase. Todo ello complicó a los partidos y a sus liderazgos a conservar el modelo de partido de masas.

En el partido atrapa todo las facetas estaban en conflicto. Notablemente, el de las bases se encontraba en gran desventaja; sin militantes o perdiéndolos, la acción se limitaba a la participación electoral. El aparato se profesionalizó, convirtiéndose en experto en participación electoral. Y la conquista de triunfos electorales fortaleció al partido "in public office", a los gobernantes provenientes de la organización. La lucha entre estos dos fue constante, hasta que sobrevino el predominio de los gobernantes en la organización.

Un primer síntoma de la aparición del nuevo modelo es la distribución de los recursos financieros, principalmente del financiamiento público. Katz y Mair señalan que recae más en los gobernantes y los parlamentarios que en los representantes del aparato. La segunda señal es que los empleados de los gobernantes y parlamentarios son más numerosos que los de los líderes partidarios. El tercer síntoma, y el más importante, es que los partidos son, en su mayoría, gobernantes; pocos son los que continúan en la oposición y cualquiera tiene, al menos, la posibilidad de estar en el gobierno. Esto representa un impacto contundente en la organización (y en los fines, desde mi punto de vista) de los partidos.

El aparato es menos importante que en el de partido atrapa todo. La burocracia fue desplazada por políticos profesionales o especialistas (despolitizando a la organización de la base). En consecuencia, los

líderes con cargo ganaron autonomía al obtener votos y, después, influir más directamente en la vida interna partidista. Los medios de comunicación posibilitan un vínculo más directo entre líderes del partido y electores, sustituyendo a los activistas de la base. Las campañas electorales son más centralizadas y “nacionales”, pues emanan de una fuente nacional.

La dimensión local, de igual modo, pierde su importancia provocando que la organización y la movilización de las bases sean prescindibles. De acuerdo con Katz y Mair, esto implica una mayor profesionalización y, al mismo tiempo, tiende a erosionar la división de responsabilidades entre el partido de aparato, el partido de gobierno y el partido en la base (algo que no queda del todo claro en su trabajo).

La faceta del partido “in public office” refleja el modelo de partido cartel, el cual es definido por su relación con el estado. Incapaz de asegurar la lealtad de sus miembros (de quienes está distante), el partido depende del financiamiento público. En contraste con el atrapa todo, el partido cartel no recurre a los empresarios, sino a un más extenso y difuso electorado, dedicándose principalmente a intensas campañas, enfatizando su especialización y su eficiencia; está lejos de la estructura y de sus miembros, quienes apenas se distinguen de los que no lo son. Y, una diferencia mucho más importante respecto del atrapa todo, más que el apoyo electoral de quien sea, el cartel party se contenta con asegurar su acceso o permanencia en el estado, incluso compartiendo el poder con otros. Según Katz y Mair, los partidos ya no son intermediarios entre la sociedad civil y el estado (lo que sí son todavía los atrapa todo); actualmente, son agentes del estado. (Katz, 2002: 5-28).

Si estableciéramos la relación entre modelos de partido y las tres dimensiones de las que hablan Katz y Mair, se podrían formular las siguientes vinculaciones: en el partido de cuadros predominaba el partido “in public office”; en el de masas, una combinación entre el partido de la base y el del aparato; en el atrapa todo, el partido de aparato; en el partido cartel, el partido “in public office”.

Es inevitable hacer referencia al PRI mexicano en este momento de la discusión: desde su fundación, el otrora partido hegemónico fue representante del estado y no de la sociedad. Calificado por

algunos especialistas incluso como “partido de estado”, fue fundado por el gobierno; dependió recurrentemente de los recursos del erario; el Presidente de la República fue su máxima autoridad en el momento de elegir dirigentes, seleccionar candidatos y gobernantes y su programa de gobierno fue confeccionado por la burocracia y no por el propio partido. Tal vez ahora, con la aportación de Katz y Mair, sea más fácil la aceptación de esta caracterización hacia el PRI en nuestro país.

El asunto a debatir más ampliamente es si el resto de los partidos han experimentado el proceso de “cartelización” mencionado. Los signos no dejan dudas. En el contexto de elecciones no competitivas era evidente que muchos partidos no se interesaron en la participación electoral. Y aquellos que sí lo hicieron vieron rápidamente limitadas sus ambiciones.

La liberalización política estimuló primero la electoralización de los partidos en general y de los de izquierda en particular. Con el fin de alejarlos de la lucha armada, la apertura política y la pluralización del sistema electoral sirvieron como fundamento para que organizaciones sociales y políticas de esta familia ideológica se abocaran a la conformación o consolidación de partidos políticos. Ni siquiera la aparición de un ejército popular como el Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994 puso en cuestionamiento el esquema de participación política ofrecido por el régimen político aún autoritario.

Tanto el PAN como el PRD se agregaron al sistema de partidos, conformándose como sus nuevos pilares al lado del viejo PRI. En el plano regional, su fuerza fue mayor en uno o en otro caso, llegando ambos a experimentar el tan anhelado ejercicio del poder político. La misma dinámica de cambio político, controlada y dirigida por el Presidente de la República en turno, los hizo partícipes de negociaciones y acuerdos difíciles de imaginar en otro contexto. El pragmatismo fue moneda corriente para los tres partidos principales, pues sólo de ese modo se avanzó en el proceso de cambio político.

La integración de PAN y PRD en el sistema les otorgó desde el principio una serie de privilegios ganados simplemente por solicitar su registro como partidos políticos. En México, éstos deben contar con registro legal para participar en elecciones. Lo pueden conseguir

llenando una serie de requisitos establecidos en el pasado por el propio gobierno y en la actualidad por la autoridad electoral. Si en antaño el registro constituyó un recurso del régimen político para confeccionar un sistema de partidos adecuado para el PRI, en la actualidad es un recurso para preservar el estatus privilegiado de los tres partidos más grandes. Hoy por hoy, lo que priva en México es una partidocracia que no parece tener límites. A esto contribuyó, sin duda, el financiamiento público que reciben tan sólo por el cumplimiento de los requisitos legales, y no por su presencia electoral. Desde 1996, el financiamiento a los partidos se incrementó estratosféricamente, bajo la idea de que no fueran presa fácil de intereses particulares o extranjeros. Sus recursos recayeron en el erario y, lo que es peor, se canalizaron a actividades proselitistas que generaron grandes ganancias para las dos televisoras privadas que existen en nuestro país.

Por otro lado, el acceso al poder hizo a funcionarios públicos (a los gobernantes) los protagonistas políticos más importantes de la estructura de los partidos. Además del Presidente de la República (fuese bajo el predominio del PRI o con el PAN en el poder), ya mencionamos aquí a los gobernadores priistas y al Jefe de Gobierno perredista. Con la alternancia, el parlamento adquirió una fuerza novedosa y los líderes legislativos también se convirtieron en actores claves del acontecer político, en el régimen político y en sus propios partidos.

El financiamiento, es cierto, fortaleció a las oposiciones partidistas y posibilitó una lucha más equilibrada. Pero hizo más moderados y centralizados a los partidos, alejándolos de la sociedad. La lógica electoral permeó las actividades de los partidos en su conjunto. Los medios masivos de comunicación se beneficiaron por la llegada de fuertes sumas de dinero que los partidos invirtieron en su propaganda electoral. El activismo y la capacidad de movilización características de algunos, sobre todo de los de izquierda, cedieron su lugar a la acción estrictamente electoral, fincada en el marketing político y no en el trabajo de a pie, en el activismo cotidiano y en los compromisos ideológicos fuertes.

A diferencia de otras latitudes, en nuestro país la conversión de los partidos políticos en profesionales electorales (o probablemente en partidos cartel) se fincó más en las normas legales del sistema electoral que en factores de otra índole (ver Panebianco, 1990: 488-497; Katz, 2002: 5-28).

A los amplios recursos legalmente adquiridos se sumaron los incentivos materiales que otorga el acceso al poder. Antes la clase política priista tuvo una gran capacidad para amalgamarse con disidencias de signo ideológico diverso, pero proclives a la negociación. La clave era el estatus político o económico que se adquiriría al integrarse a dicha clase. Los incentivos salariales y, en su momento, los presupuestos gubernamentales extensos y (a la postre deficitarios) contribuyeron a acrecentar la cohesión de la burocracia gobernante y su poder político frente a diversos grupos de interés.

Con el cambio político, los privilegios de los cuales disfrutaba el PRI fueron también compartidos por sus adversarios, PAN y PRD. Esto los distanció de ciertos sectores sociales, que vieron con disgusto la existencia de nuevas burocracias adineradas, ahora vestidas de azul o de amarillo. El elevado monto de las remuneraciones para los funcionarios públicos y su manejo discrecional contribuyeron a fortalecer a los partidos políticos como vehículo exclusivo para acceder al poder, pero debilitó sus vínculos con la sociedad y entre las bases y los líderes partidistas (al menos esta idea se puede manejar en calidad de hipótesis). Justamente en esta dimensión es donde se constata la presencia de partidos cartel en el caso mexicano: fuertes oligarquías partidistas cuyo poder proviene del financiamiento público y del erario, a causa de los espacios de gobierno con los que cuentan; predominio de gobernantes por encima de dirigentes de partido, separados de sus bases (Katz, 2002: 122-126).

Katz y Mair plantean también que hay una asociación entre el ascenso del partido "in public office" y la "cartelización" de los partidos, por un lado, y el aparente crecimiento de los sentimientos de alineación y desconfianza hacia los partidos y las fuerzas políticas en general. Esto genera un caldo de cultivo para las fuerzas antipartido. El resultado produciría un gran riesgo para la democracia debido a que estas fuerzas la descalifican al generalizar las críticas a la cartelización. En esta línea parece ubicarse el EZLN y su "otra campaña" en pleno proceso electoral federal en México en el año 2006. No debe olvidarse, sin embargo, que anteriores convocatorias de los zapatistas en contra de la transición a la democracia por la vía electoral no tuvieron eco entre la mayoría de la sociedad mexicana. En consecuencia (y desafortunadamente), el carácter electoral de la democracia en construcción sigue siendo su signo característico.

Conviene señalar que Katz y Mair apuntan por lo menos dos caminos para hacer que el partido de las bases no desaparezca, en primer lugar, pugnar por la democratización para que los militantes participen en la selección de candidatos y dirigentes, así como en la aprobación de políticas y programas. Esto sería compatible con el predominio del partido “in public office” (aunque los autores no explican ampliamente la razón de esta compatibilidad). El segundo camino es que haya una eficaz división del trabajo del partido “in public office” y el partido de la base, con una selección de candidatos en los planos local y nacional; un orden estratificado en el cual el partido de base se haga cargo de lo local y el partido “in public office” de lo nacional.

En México, ambos caminos requieren ser construidos a partir de reformas legales. Los integrantes del sistema de multipartidismo moderado parecen estar satisfechos con el estatus que tienen en la actualidad y no prevén su transformación. Por lo tanto, resulta indispensable una ley de partidos que estimule su democratización, que aumente los espacios de participación de sus bases y que haga transparentes sus procesos financieros. Asimismo, es indispensable establecer un marco legal que conceda mayores responsabilidades y derechos a los ciudadanos, con el fin de atemperar las tareas y defectos de los partidos, así como para imprimirle un sello netamente democrático a la consolidación del nuevo régimen político. De otro modo, su legitimidad será precaria e inestable, con las nefastas consecuencias que esto pudiera tener.

Las dimensiones organizativas y los fines

Un autor que parece complementar este enfoque es Steven Wolinetz, quien considera los fines de los partidos y propone tres tipos: los que buscan votos, aquellos que pretenden ganar cargos públicos y los que tienen como fin último la formulación de políticas. Todos los partidos combinan estas metas, pero la diferencia en su acento varía según cada partido. Los busca políticas (policy-seeking) pretenden metas políticas; los “vote-seeking” maximizan votos para ganar elecciones, mientras que los “office-seeking” tratan de asegurar los beneficios de los cargos, inclusive compartiendo el poder con otros partidos.

Los policy-seeking se orientan por principios, cuentan con un programa bien definido y una bien articulada ideología (algunos son monotemáticos). Proviene de los antiguos partidos de masas. Ejemplos recientes serían los partidos socialdemócratas de Europa occidental, muchos partidos liberales y demócrata cristianos, así como también los verdes, la izquierda libertaria y algunos de la nueva derecha.

Los vote-seeking tienen como prioridad ganar elecciones. Son los atrapa todo y los profesionales electorales, tales como los partidos canadienses, los de Estados Unidos, los de centro como el RPR de Chirac en Francia y, principalmente, la Unión Demócrata Cristiana alemana.

Los partidos office-seeking tienen diferentes formatos. Uno, ya sea grande o pequeño, se basa en la relación patrón-cliente con un continuo flujo de beneficios entre ambos. Otro puede ser uno pequeño en un sistema multipartidista, ansioso de ser incluido en la coalición gobernante. Cualquiera que sea su formato, el partido está dividido por facciones que compiten por los recursos con los cuales puede dirigir a la organización, pero sobre todo ganar o conservar los cargos públicos. Los ejemplos serían la Unión Histórica Cristiana de Nueva Zelanda y, en general, la mayoría de los países bajos.

Para analizar y “medir” a los partidos busca políticas es preciso considerar los siguientes elementos, según Wolinetz:

1. El tiempo dedicado a la discusión de políticas en el Congreso.
2. El énfasis en las políticas durante las campañas electorales.
3. La atención otorgada a las políticas de sus representantes electos.

Éstos son los fundamentales, pero se podrían agregar la presencia o ausencia de una oficina o alguna otra infraestructura de investigación de políticas, así como otra para conocer y articular la opinión de los militantes sobre tales políticas. Los partidos busca políticas podrían ser identificados con los programáticos de Gunther y Diamond. Se trata de aquellos que enarbolan un programa o un conjunto de posiciones bien definidas, las sostienen en campañas electorales y las llegan a realizar si son gobierno. Las formas de medición

son pertinentes y podrían aportar información sustantiva sobre la actuación de los partidos, sean de masas o elitistas, movimientistas o étnicos.

En el ámbito nacional, el PAN sobresale por su tesón en la formulación de ciertas posiciones desde su fundación; por ejemplo, su crítica al corporativismo, al estatismo o a las políticas populistas, o bien en su exaltación del municipio o en su defensa de la libertad individual en la educación. Cuando surge un debate público de grandes dimensiones, usualmente los panistas reiteran estas posiciones. Por otro lado, el tiempo dedicado a la elaboración de las plataformas electorales para comicios federales es amplio. En el discurso del partido hay una recurrente referencia a que primero son las propuestas y después el candidato. Si bien esto no es del todo cierto, es verdad que hay una amplia consulta a los militantes para la redacción de las propuestas generales de campaña.

Asimismo, se complementa con el trabajo parlamentario del partido, un trabajo de muchos años. Pese a su exigua presencia en el Congreso, la actividad parlamentaria fue extensa (guardadas las proporciones según el número de sus representantes) y la experiencia de algunos de sus representantes es evidente en la actualidad. Su formación académica (en gran medida de profesionistas provenientes del Derecho) y su condición de minoría hicieron de los legisladores panistas expertos en formulación de iniciativas de ley que se quedaron en el limbo, debido a la aplastante mayoría priista. Con la instauración de un nuevo esquema de fuerzas en el Congreso, los panistas se erigieron en legisladores con una importante experiencia, capaces de negociar o cabildear con el resto de las fuerzas políticas. Falta investigar más el grado de congruencia entre las políticas de gobierno y los planteamientos programáticos del partido; una tarea pendiente, cada vez más apremiante para establecer la validez de cada una de las opciones electorales existentes.

Por su parte, el PRD se ubica más en la búsqueda de votos que en la de cargos o políticas. Desde su formación, el debate interno se supeditó a la lucha entre las corrientes internas. Con el paso del tiempo, adoptó una marcada actitud electoralista, dejando de lado inconclusas polémicas diversas —por ejemplo: la negociación con el gobierno, la definición de su perfil como partido electoral o

como partido movimiento— o la política de alianzas con diversas organizaciones sociales (en particular con el EZLN).

Los busca votos se identifican por:

1. Las técnicas utilizadas para ganar votos.
2. Las ofertas para obtener apoyos de grupos con intereses específicos.
3. El énfasis en los liderazgos atractivos para el electorado.
4. El marketing en los medios masivos de comunicación.
5. El uso continuo de encuestas para monitorear los efectos de sus diferentes estrategias.

Este predominio de los votos hace que el partido haga caso omiso de las políticas (en general y de las suyas); de acuerdo con Wolinetz, es frecuente su cambio de rumbo, su falta de consistencia o de énfasis ideológico, así como su postura difusa, con el fin de maximizar votos. En el ámbito mexicano, los partidos en general tienden a maximizar votos. Si tomamos en cuenta la falta de competitividad del sistema durante mucho tiempo, se entenderá mejor el porqué los partidos de antaño de oposición se han dedicado enérgicamente a la búsqueda de votos, sobredimensionando el carácter electoral del cambio político.

El PRI ganaba las elecciones en forma sistemática; incluso con fraude si era necesario. Para poder derrotarlo, la oposición tuvo que usar todos los recursos a su alcance. Gran parte de los recursos económicos del PAN y del PRD se canalizaron al marketing electoral en los medios de comunicación (principalmente la televisión) y los mensajes usados en este proselitismo carecen de contenidos, se han limitado a la difusión de la imagen de los candidatos y de ideas vagas, poco identificables con un credo ideológico preciso. La vorágame electoral arrastró a los partidos a una dinámica común y corriente en cualquier sistema electoral. Pese a todo, hay diferencias ideológicas que de pronto salen a colación en momentos de algún debate y principalmente en el ejercicio de gobierno.

En general, nos dice Wolinetz, los busca cargos son los más difíciles de identificar. De hecho, todos los partidos electorales buscan cargos; pero mientras algunos pretenden exclusiva y primordialmente cargos o escaños, otros buscan resaltar o difundir cierta posición

política y, tal vez después, ganar el cargo. El PRI mexicano es un conspicuo ejemplo del busca cargos. Nacido desde el poder, su fin permanente fue conservarlo. Los recursos legales e ilegales serían una característica de su proceder. Su pragmatismo para integrar a los disidentes y también para establecer acuerdos parlamentarios con partidos de diferente signo ideológico son evidencias de este proceder, en aras de mantener su estatus de partido en el gobierno; hoy en día, para reconquistarlo en el plano federal.

Metas y dirigentes: un cruce crítico

Como se aprecia, la búsqueda de diferentes metas puede variar con el tiempo, de acuerdo con el contexto, por la acción del resto de los actores o bien de la vida interna de la organización. En el fondo, los líderes son quienes definen el tipo de metas, por lo que muchos factores deben ser tomados en cuenta para comprender por qué optan por votos, cargos o políticas.

Strom y Müller (1999) desarrollan mejor el enfoque de análisis de los partidos de acuerdo con sus metas. Si bien cargos y políticas son intrínsecas a este tipo de organizaciones, no necesariamente son perseguidos de manera simultánea. En ciertas coyunturas puede pesar más una que otra o predominar a lo largo de un tiempo mayor en la toma de decisiones. Buscar cualquiera de ellas genera conflictos que deben ser resueltos por los líderes, dándole una orientación particular al partido en su conjunto.

Un primer conflicto ocurre cuando se trata de distinguir la búsqueda de votos respecto a la persecución de políticas o cargos; otro tipo se da entre las responsabilidades o compromisos políticos y las posibilidades de ganar cargos; y un tercer caso es cuando el partido trata de mantener el cargo en detrimento de votos y políticas.

¿Cómo se resuelven estos conflictos? Los líderes partidistas —nos dicen Strom y Müller— reconocen sus metas y realizan el cálculo de costos de su elección, en todos los casos analizados en el estudio colectivo. La búsqueda de cargos fue altamente prioritaria en los

20 casos, mientras que las políticas lo fueron en seis y la de votos en ocho.² Las metas prioritarias pueden ser determinadas por los siguientes factores:

1. El sistema electoral.
2. El sistema de partidos.
3. La estructura y en particular las atribuciones de líderes y bases.
4. Otros factores endógenos como las características personales de los líderes.
5. Factores exógenos, tales como la situación de la economía.

Los autores consideran, en principio, determinantes institucionales. Un primer elemento es el financiamiento público; gracias a éste, los líderes son más autónomos en sus decisiones; por ello, tienen pocos incentivos para asumir una conducta busca políticas. Mientras menos dependan económicamente de la organización, los líderes partidistas perseguirán más votos y más cargos. Ya mencionamos que en el caso mexicano el financiamiento público es un factor sin duda influyente en el pragmatismo partidista; sin embargo, hay más características propias del sistema electoral que coadyuvan a ello.

Para Strom y Müller, el régimen político es un factor influyente, pero tal influencia resulta difícil de cuantificar. En general, es posible afirmar que en los sistemas electorales de representación proporcional los incentivos para que los partidos busquen votos son altos (aunque hay matices y diferencias entre los países ubicados en este modelo).

En nuestro caso, la representación proporcional y el registro de partidos han provocado la existencia, en el plano federal, de tres partidos grandes, fuertes, con muchos incentivos materiales y simbólicos. El monopolio de candidaturas que tienen es otro factor sustantivo, pues impide o limita la participación ciudadana en la política electoral, participación que únicamente puede llevarse a cabo dentro de los partidos registrados. La falta de reconocimiento de partidos locales en todas las entidades también obstaculiza la



² El estudio se basa en 25 casos de 10 países de Europa: Irlanda, Dinamarca, España, Países Bajos, Italia, Austria, Noruega, Alemania, Suecia y Francia.

libertad de organización ciudadana, con el consecuente predominio de los nacionales.

Las instituciones legislativas constituyen un espacio de acción de los partidos que influyen en sus prioridades. El problema radica en cómo pueden ser genuinas representaciones en las complejas negociaciones de poder; aquí la regla es: a más negociación, menos conducta atrapa votos. La pérdida de la mayoría en el Congreso mexicano en 1997 dio lugar a mejores condiciones para el debate entre los partidos. Principalmente, con la alternancia en la Presidencia, hubo momentos de tensión y de diferenciación en las posiciones ideológicas. Asimismo, se formaron coaliciones parlamentarias inéditas, la mayoría coyunturales. Ésta es una de las virtudes del cambio político mexicano: la revitalización del Poder Legislativo.

La limitación de la acción de los dirigentes fue notoria en ese espacio político. En ocasiones, el PRI se coaligó con el PAN forzado por el Presidente de la República; en otras, fue el panismo el que se comportó pragmático y utilitarista, aceptando malos arreglos y descartando buenos pleitos. Más adelante, por momentos, el perredismo adoptó la misma estrategia frente al cambio en la Presidencia de la República. El PRI vivió una severa crisis interna en el año 2004, producto de las desavenencias entre el liderazgo nacional y el de su grupo parlamentario en la definición de las alianzas con el gobierno y su partido en el Congreso. El conflicto llegó a su fin con la reestructuración de la coalición dominante del partido (favorable al líder nacional).

Por último, las instituciones de gobierno representan otra determinante para los líderes. No sólo el Ejecutivo tiene el control de qué políticas, cuáles o cuántos cargos son de tal o cual partido. Algunos arreglos institucionales favorecen el gobierno de partidos más que otros. En la democracia consensual, hay más incentivos hacia la persecución de políticas; la oposición tiene una sustancial influencia en su determinación. En los sistemas mayoritarios, los partidos grandes tienden a monopolizar los beneficios de los cargos y de las políticas.

En México, los notoriamente elevados sueldos de las élites políticas, tanto en el plano local como en el nacional, son otro elemento que

ha contribuido a la conformación de la partidocracia (incluyendo una buena dosis de complicidad en el disfrute de los privilegios del ejercicio de la política en México). El PRI, por cierto, después de su derrota en el año 2000, se mantuvo en el escenario electoral gracias a que conservó en sus manos una importante cantidad de cargos de gobierno; sin ellos, difícilmente habría enfrentado a sus adversarios, el partido se habría desmembrado, ni habría erosionado la legitimidad del gobierno de la alternancia.

Los partidos en el gobierno generalmente, afirman Strom y Müller, llaman la atención de las políticas populares para los ciudadanos; las impopulares las ocultan. El asunto se hace más complejo en gobiernos de coalición, pues lo popular para un partido podría resultar impopular para otro. Las determinantes del sistema de partidos son tres:

1. El número de partidos. En los sistemas bipartidistas la tendencia es la maximización de los votos; una relación más equilibrada entre fuerza electoral y poder de negociación. Esto no necesariamente ocurre en los sistemas multipartidistas.
2. La ubicación espacial del partido en el sistema de partidos constituye otro factor a tomar en cuenta. Los partidos pivote tienen un gran potencial para maximizar cargos y políticas; en otras palabras, para negociar más fácilmente que otros. El FDF alemán es caso ejemplar.
3. Si la competencia electoral depende de políticas, hay una elección más competitiva, más compleja, y los líderes valoran más los votos.

El sistema de multipartidismo moderado que vivimos en México es la concreción de una serie de reglas del sistema electoral ya mencionadas anteriormente. La competencia no está centrada en las políticas, aunque por momentos hay un debate pronunciado entre los defensores de las políticas de corte neoliberal y las denominadas como populistas. Esto fue evidente durante el gobierno de la alternancia, en la confrontación entre el Presidente de la República, panista de visión ideológica neoconservadora y neoliberal, y la del jefe de Gobierno del Distrito Federal, perredista identificado con el reformismo, la socialdemocracia y el populismo.

En la formulación de las metas que los dirigentes eligen también encontramos tres tipos de determinantes organizativas. En los partidos de masas, la toma de decisiones de los líderes está delimitada directamente por los liderazgos intermedios. Una influencia indirecta ocurre cuando hay una labor poco eficiente de los activistas o cuando éstos pueden intervenir “vote with their feet” (Strom, 1999: 292). Vale decir que hay activistas ideológicos (motivados por políticas) y otros no ideológicos.

Un partido con una estructura grande y dependiente de una mayoría de activistas (pagados con cargos en la estructura, carteras en los cargos de gobierno o con beneficios provenientes de las políticas) aportan condiciones ideales para restringir una conducta busca cargos de parte de los líderes del partido.

Las facciones son otra restricción a los líderes, nos dicen Strom y Müller. A diferencia de la influencia de los partidos de masas (donde el peso de los activistas se deja ver en el uso y en las decisiones formales o con amenazas de desertión), el poder de las facciones descansa en su capacidad para influir en la definición de las estrategias del partido; las facciones no necesariamente adoptan las mismas metas del partido, por lo que no puede actuar como si fuera un actor unitario; como los pivote en el Congreso, utilizan su capacidad de chantaje para allegarse cargos o influir en la formulación de políticas.

Hay una tradición histórica en contra del fraccionalismo en México, debido al sistema de partido “casi único” que vivimos durante más de medio siglo. Todo tipo de disidencia fue descalificado por el régimen. Por ejemplo, al panismo se le satanizó como “la reacción”, en tanto que a la izquierda se le condenó por su dependencia de intereses “extraños”, es decir, extranjeros. La unidad nacional propalada desde los años 40 para el régimen político fue al mismo tiempo regla fundamental en el priismo. La disciplina y la lealtad partidistas fueron valiosos principios no escritos para el partido gobernante, hasta que el contexto y nuevos partidos los desgastaron.

Con antecedentes de fracturas, el PRI se dividió a partir del año 2000. Aparecieron o se consolidaron fuertes facciones regionales, forzando al liderazgo nacional a la negociación de todo tipo de estrategias. El conflicto de 2004 —ya mencionado— evidenció

el alcance de las decisiones de los líderes formales frente a las fracciones políticas reales.

En el caso del PRD, el fraccionalismo es por demás elocuente. La constante pugna por candidaturas y cargos de gobierno se incrementó cada vez más conforme ganaba más votos. El mismo líder nacional y aspirante a la Presidencia de la República para 2006 se vio impedido de castigar por actos de corrupción al máximo líder de una de las fracciones más poderosas. Por otro lado, el abanderado presidencial no ha dejado de prescindir de alguna de las fracciones, pues cualquiera de ellas tienen espacios de poder sustantivos para la organización. Su grado de influencia es bastante obvio en el caso de este partido político.

Una constatación importante de los estudios coordinados por Strom y Müller es que en la estructura de incentivos para los líderes, lo más importante son los cargos, no los votos ni políticas. De hecho, ésta es una de las características comunes a todos los liderazgos de cualquier partido del mundo. El PSOE español pasó rápidamente de busca políticas a busca cargos, paralelamente que los líderes y activistas preocupados por las políticas fueron reemplazados por tecnócratas y por el reclutamiento de no socialistas en las oficinas de gobierno (Strom, 1999: 295). En general, en situaciones de bonanza económica hay más incentivos para la búsqueda de cargos públicos.

Hay también condicionantes exógenas que en realidad influyen en el corto plazo. Una crítica situación económica puede afectar el interés de un partido por las políticas, con tal de conservar el poder. Por otro lado, estando en la oposición, puede no participar en la coalición de gobierno con el fin de evitar los costos de la crisis, posponiendo la consecución de cargos para mejores épocas. Algo parecido hicieron el PRI y el PRD en la segunda mitad del sexenio del gobierno de la alternancia: ante la incapacidad negociadora del Presidente y del PAN, optaron por dejar el trabajo legislativo para mejores tiempos; para cuando fueran ellos quienes usufructuaran las ganancias del trabajo parlamentario.

Las conclusiones de Strom y Müller son por demás interesantes. Hay una tendencia a la oligarquización en todos los casos analizados, pero resulta difícil afirmar que las decisiones de los líderes sean

enteramente personales. Están restringidos, en primer lugar y en el caso de coalición de gobierno, por los compromisos adquiridos previamente. En otros contextos, hay compromisos electorales no siempre fáciles de eludir.

Una percepción errónea de la coyuntura también limita el poder de los líderes, así como la imposibilidad para reconocer las intenciones de los dirigentes de otros partidos. La conducta de los partidos sirve para evaluar la representación política. Contribuye a la democracia, ya sea en la competencia con otros o bien por la importancia que le otorguen a las prácticas políticas en su vida interna. En el primer caso, nos encontramos con el modelo shumpeteriano de democracia: "In this model, parties serve democracy by offering teams of leaders to 'produce government'" (Strom, 1999: 308). La participación es electoral únicamente. Los partidos son busca votos.

La democracia interna es otro modelo en el cual las oportunidades de participación de los ciudadanos se amplía bastante. Los militantes pueden incluso participar en la definición del programa. Buscan políticas y cargos. En los sistemas multipartidistas el votante casi determina quién gobierna con base en un programa. De los países analizados por Strom y Müller, la mitad usaron una estrategia de maximización de votos. Poco menos de la mitad se centraron en cargos y sólo tres (el Partido de Centro Noruego, el Irish Party y el Labor Party alemán) fueron identificados como busca políticas. En estos últimos casos, los activistas o las facciones tuvieron un peso relevante para la implementación de tal estrategia. En los otros, los líderes tuvieron menos restricciones.

El hecho de que los partidos sean busca votos debe leerse como su papel sustantivo en el juego democrático. Lo que distorsiona el cumplimiento de esta función es la influencia de los activistas y la autonomía relativa de los líderes. La toma de decisiones de forma democrática ocurre en pocos casos; funciona más como una restricción a los líderes que como mecanismo efectivo para la participación activa de los militantes. Si se parte de la premisa de que los activistas buscan políticas, esto es correcto, pero en ocasiones los activistas podrían querer otras metas.

Después de un recuento de varios casos, Strom y Müller señalan que los líderes de los partidos toman más en cuenta al electorado que

a sus miembros. De manera que son responsables hacia fuera y no hacia adentro. Eso beneficia a la democracia, pero le resta esencia y produce ciertos conflictos internos para la determinación de la orientación del partido.

Conclusiones

El repaso de estos enfoques teóricos nos ha permitido repensar las funciones de los partidos en los últimos tiempos. Ya no son lo que eran antes, sin embargo, resultan indispensables para la formación y el sostenimiento de los gobiernos; carentes de bases sociales, pero con los votos suficientes para ser gobierno; poco confiables, pero con la toma de decisiones políticas en sus manos.

Hoy contamos con aportes teóricos que nos permiten una mejor comprensión del fenómeno político llamado partido. Hay autores que atienden las particularidades de contextos como el nuestro. Podemos vislumbrar semejanzas y diferencias de nuestros partidos con los de otras latitudes. Y al mismo tiempo nos enfrentamos al reto de producir trabajos efectivos para formular conclusiones válidas para todos.

No es raro encontrar generalizaciones cuando se habla de partidos políticos (y de la política en general). Lo raro es dar con la autentificación de las supuestas verdades, proclamadas en los medios de comunicación o compartidas entre los individuos cotidianamente. Considerar, por ejemplo, a todos los partidos como electorales, sin distinciones de ninguna índole, impide una comprensión difusa de sus estrategias. Afirmar que los líderes buscan satisfacer exclusivamente sus propios intereses y siempre tienen el control de la situación (una negociación parlamentaria, una decisión de gobierno, un proceso de renovación de la élite misma) refleja un limitado conocimiento de la realidad política. Repetir sistemáticamente la idea de su falta de identidad ideológica contribuye a la confusión de los proyectos políticos de las élites, cuyas decisiones rigen la vida de naciones enteras, de nosotros mismos.

La concepción de los partidos como agentes del estado y ya no de la sociedad representa un punto de inflexión sustantivo en la teoría de los partidos políticos. Con base en sus funciones vigentes, los partidos

debieran enfrentar nuevas obligaciones y responsabilidades. Hoy la sociedad está en condición de demandar un mayor compromiso social de parte de los partidos. Si no son representantes de los intereses sociales, vale decir, si no son parte de nuestra comunidad o de nuestra familia, podríamos ser más exigentes con ellos y usar todo el peso de la ley para hacer que su trabajo atendiera efectivamente los intereses de la sociedad.

En la actualidad, los partidos son pequeños grupos de individuos con intereses comunes que luchan por el poder participando en elecciones, con base en una organización política; no son facciones precisamente porque luchan por el poder de manera pública y siguen reglas claras. Pero el grado de responsabilidad que tienen es sumamente diferenciado. Incluso dentro de sí mismos, la brecha entre líderes y bases es amplia.

Como hemos visto en líneas anteriores, los líderes enfrentan una diversa cantidad de factores influyentes (en mayor o en menor grado) en su toma de decisiones. Esta afirmación nos obliga a repensar la ley de hierro de las oligarquías y, primordialmente, a reconocer otras dimensiones de la organización, a los miembros y a los activistas, al aparato y a las bases, como determinantes del derrotero de la organización.

Generalmente los enfoques teóricos se han centrado en el análisis de los líderes. Una lectura diferente se suscitara si nos abocamos a analizar a las bases, esos elementos partidistas casi siempre ignorados. En última instancia, hacemos algo semejante que sus líderes: damos por sentada su aceptación de la definición estratégica de la cúpula, como si fueran entes fácilmente manejables. La experiencia internacional demuestra que no lo son: los militantes y los activistas tienen vida propia, espacios de poder en sus manos e intereses no necesariamente comunes a los de sus líderes. Su papel es crucial para mantener el predominio de un líder, ganar elecciones y ejercer el poder.

Votos, cargos o políticas, cualquier meta es susceptible de aparecer o de cambiar en una coyuntura. Y el cambio se debe no solamente a la acción de los líderes, sino de las bases de la organización; únicamente ellos podrán darle otro perfil, uno que resultara más confiable para la ciudadanía en general y, primordialmente, más responsable frente a la sociedad.

Fuentes de consulta

Borjas Benavente, Adriana. 2003. *PRD: estructura, organización interna y desempeño público. 1989-2003*. Vols. 1 y 2. México: Gernika.

Calise, Mauro. 2004. *Il partito personale*. Roma: Laterza.

Concha Cantú, Hugo. 2004. *México 2003: elecciones intermedias, resultados y perspectivas*. México: UNAM.

Crandall, Russell, Guadalupe Paz y Riordan Roett. 2005. *Mexico's Democracy at Work*. Lynne Rienner.

Daalder, Hans. 2002. "Parties: Denied, Dismissed, or Redundant? A Critique". Editado por Richard Gunther, José Ramón Montero y Juan J. Linz. *Political parties. Old Concepts and New Challenges*. Oxford: Oxford University Press.

Dalton, Russel J. y Martin P. Wattenberg, eds. 2000. *Parties without Partisans*. Oxford: Oxford University Press.

Della Porta, Donatella. 2001. *I partiti politici*. Bologna: Il Mulino.

Diamond, Larry and Richard Gunther, eds. 2002. *Political Parties and Democracy*, London: The Johns Hopkins University Press.

Duverger, Maurice. 1988. *Los partidos políticos*. FCE: México.

Fernández de la Mora, Gonzalo. 1977. *La partitocracia*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

Goldstone, Jack. 2003. *States, parties, and social movements*. Cambridge: Cambridge University Press.

González Compeán, Miguel y Leonardo Lomelí. 2000. *El partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999)*. México: FCE.

Gunther, Richard y Larry Diamond. 2001. "Types and Functions of Parties". Editado por R. Gunther y L. Diamond. *Political Parties and Democracy*. Baltimore: Hopkins University Press.

Hermet, Guy.. "Las elecciones en los regímenes autoritarios: bosquejo de un marco análisis", en G. Hermet, J. Linz y A. Rouquié. *¿Para qué sirven las elecciones?* México: FCE.

Katz, Richard y Peter Mair. 2002. "The ascendancy of the Party in Public Office", en Gunther, Richard, José Ramón Montero y Juan Linz. *Political Parties. Old Concepts and New Challenges*. Gran Bretaña: Oxford University Press.

Katz, Richard y Peter Mair. 2002. "Changing Models of Party Organization and Party Democracy: the Emergence of the Cartel Party", en Gunther, Richard, José Ramón Montero y Juan Linz. *Political Parties. Old Concepts and New Challenges*. Gran Bretaña: Oxford University Press.

Langston, Joy. 1996. "The PRI Governors", México, CIDE, Documentos de trabajo; "Why Rules Matter: the Formal Rules of Candidate and Leadership Selection in the PRI". México: CIDE. Documentos de trabajo Núm. 66.

Linz, Juan J. 1998. *Michels y su contribución a la sociología política*. México: FCE.

Lipset, S. M. y Stein Rokkan. 2001. "Estructuras de división y alineamientos electorales". *Diez textos básicos de ciencia política*. Barcelona: Ariel.

Loeza, Soledad. 1999. *El PAN: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*. México: FCE.

Mair, Peter, Wolfgang C. Müller y Fritz Plasser, eds. 2004. *Political Parties and Electoral Change*. Londres: Sage.

Massare, Oreste. 2005. *I partiti politici nelle democrazie contemporanee*. Roma.

Michels, Robert. *Los partidos políticos*. Buenos Aires: Amorrortu.

Middlebrook, Kevin. 2000. *Conservative parties, the right, and democracy in Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Mirón, Rosa María y Ricardo Espinoza, coords. 2004. *Partidos políticos. Nuevos liderazgos y relaciones políticas de autoridad*. México: UAM-UNAM-AMEP.

Mulé, Rosa. 2001. *Political parties, games and redistribution*. Cambridge: Cambridge University Press.

Müller, Wolfgang C. y Kaare Strom, eds. 1999. *Policy, Office, or Votes?* Cambridge: Cambridge University Press.

Navarro, José Ignacio. 1999. *Partidos políticos y "democracia interna"*. Madrid: CEPC.

Offe, Claus. 1992. *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Sistema.

Palma, Esperanza. 2004. *Las bases políticas de la alternancia en México. Un estudio del PAN y el PRD durante la democratización*. México: UAM.

Panbianco, Angelo. 1990. *Modelos de partido*. Madrid: Alianza Editorial.

Revels Vázquez, Francisco. 2000. "Búsqueda y encuentro de un liderazgo estatal. El gobernador Roberto Madrazo y el PRI de Tabasco". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. México: FCPS-UNAM. Núm. 179, mayo-agosto

_____. 2005. *Los partidos políticos en México: ¿crisis, adaptación o transformación?* México: UNAM-Gernika.

Rouquié, Alain. 1982. "El análisis de las elecciones no competitivas: control clientelista y situaciones autoritarias", G. Hermet, J. Linz y A. Rouquié. *¿Para qué sirven las elecciones?* México: FCE.

Sartori, Giovanni. 1988. *Partidos y sistemas de partidos*. México: Alianza Editorial.

Semo, Enrique. 2003, 2004. *La búsqueda. La izquierda mexicana en los albores del siglo XXI*. T. 1 y 2. México: Océano.

Shirk, David. 2005. *Mexico's New politics. The PAN and Democratic Change*. Colorado: Lynne Rienner.

Strom, Kaare y Wolfgang Müller, eds. 1999. *Policy, Office or Votes? How Political Parties in Western Europe Make Hard Decisions*. Cambridge: Cambridge University Press.

Thomas, Clive S., edit. 2001. *Political Parties and Interest Groups*. Colorado: Lynne Rienner.

Tulchin, Joseph y Andrew D. Selee. 2003. *Mexico's Politics and Society in Transition*. Colorado: Lynne Rienner.

Von Beyme, Klaus. 1995. *La clase política en el Estado de partidos*. Madrid: Alianza Editorial.



Dr. Francisco Reveles Vázquez

Es Doctor en Ciencia Política por la Universidad Nacional Autónoma de México; se desempeña como profesor de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la misma universidad. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Obtuvo la distinción Universidad Nacional para Jóvenes Académicos en Docencia en Ciencias Sociales 2000 de la UNAM.

Es autor de la obra *El PAN en la oposición: historia básica* y coordinador de los siguientes libros:

- *Los partidos políticos en México: ¿crisis, adaptación o transformación?*
- *Partido Acción Nacional: los signos de la institucionalización*
- *Partido Revolucionario Institucional: crisis y refundación*
- *Partido de la Revolución Democrática: los problemas de la institucionalización*



Serie Breviarios de Cultura Política Democrática

Área de Diseño Gráfico y Editorial

Jorge Armando Becerril Sánchez

Área Editorial

Ana Lleyly Reyes Pérez

Tania López Reyes

Teorías y realidades de los partidos políticos: una lectura desde México. Serie Breviarios de Cultura Política Democrática No. 2, se terminó de imprimir en el mes de enero de 2007. En los talleres de

La edición estuvo a cargo del Departamento de Promoción Editorial del Centro de Información Electoral del Instituto Electoral del Estado de México. Esta edición consta de 1,000 ejemplares.